

Aproximación al léxico anatómico del Renacimiento*

Carlos García Jáuregui
Universidad de Salamanca

Resumen: en la constitución de la terminología anatómica en lengua española, Juan Valverde de Amusco y su *Historia de la composición del cuerpo humano* (1556), la primera anatomía postvesaliana compuesta en castellano, ocupan un lugar destacado por la importante contribución que supuso recuperar algunas formas grecolatinas de la tradición terminológica, integradas en un discurso científico cercano a los destinatarios de su trabajo: los cirujanos romancistas del Quinientos. Los préstamos que se registran en su obra, que reflejan los usos latinos de su época, junto con algunas creaciones personales que empleó en su trabajo de traducción, permiten dar cuenta de la evolución de los saberes anatómicos y de las diferencias de criterio que han mostrado los autores en sus escritos.

Palabras clave: Juan Valverde de Amusco, léxico anatómico, traducción científica, neología, creación de tecnicismos.

Abstract: Juan Valverde de Amusco plays a prominent role in the development of the anatomical terminology in Spanish with his work, *Historia de la composición del cuerpo humano* (1556), the first post-Vesalian anatomical atlas in Spanish. He contributed to the restitution of some of the traditional Greek and Latin terms, incorporating them into a comprehensible scientific text to the receivers of this work: the surgeons who did not know Latin in the 16th century. The loanwords of his text, reflect of the Latin words used at that time, together with some personal neologisms

* Este trabajo es resultado de las investigaciones realizadas en el marco del proyecto HUM2004-00736, «Traducción y ciencia: la formación de los lenguajes de las ciencias exactas y la medicina en castellano en la baja Edad Media y el Renacimiento», dirigido por la Dra. Bertha Gutiérrez Rodilla, de la Universidad de Salamanca (España), y ha sido posible gracias a la financiación del Ministerio de Educación y Ciencia.

used in his translation work, provide us with a rich statement of the development of the anatomical knowledge and the conceptual divergences in the discipline among the anatomists.

Keywords: Juan Valverde de Amusco, anatomical lexicon, scientific translation, neologism, formation of technical terms.

«La historia del lenguaje anatómico, o es el propio latín, o al latín fue vertido, y no puede concebirse, tal y como es en realidad, al margen del latín» (Barcia Goyanes, 1978: 23).

1. INTRODUCCIÓN

Cuando la observación de la naturaleza y la propia razón comenzaron a imponerse como criterio de autoridad frente a la tradición de las fuentes escritas –principio del que Juan de Cabriada haría en 1687 una apasionada defensa (López Piñero, 1965: 208)–, fue la anatomía una de las ciencias que experimentó una crucial renovación, acaecida en Europa durante los siglos XV y XVI por la progresiva confianza en la disección y los descubrimientos de autores como Berengario de Carpi (1522), al que Falopio consideraba renovador de la anatomía, Massa (1536) o Estienne (1545) (Barcia Goyanes, 1995: 11-12). Esta renovación, que los historiadores de la ciencia suelen simbolizar en la obra de Vesalio, logró aún mayor difusión con el tratado de Juan Valverde de Amusco, *Historia de la composición del cuerpo humano* (1556), el primer texto anatómico moderno de la España renacentista, ya que se reeditó dieciséis veces en cuatro idiomas. Esta obra, que supuso un intento de consolidar el romance en la literatura científica anatómica del Quinientos en Europa, fue concebida con el claro propósito instructivo y divulgador de ofrecer determinados conocimientos anatómicos a personas como los cirujanos romancistas, que, por su desconocimiento del latín, no podían acceder a la anatomía vesaliana.

A su importante aportación a la ciencia por las correcciones que hizo a los clásicos y a Vesalio, hay que sumar su contribución a los inicios de la terminología anatómica del castellano especializado. Aunque solemos considerar a Valverde como el ejemplo paradigmático de la apuesta por el romance como lengua válida para expresar los saberes anatómicos, no es menos cierto que, en su interés por relacionar el léxico elegido –más cercano a los destinatarios de su trabajo– con los términos originales, introdujo algunas formas grecolatinas de la tradición terminológica, con mayor

o menor grado de adaptación a las reglas morfológicas del castellano. En ese momento, pues, y en un periodo en el que comienzan a publicarse en español textos específicos de anatomía, así como tratados de cirugía con importantes contenidos anatómicos, se produce un cambio significativo en la evolución de nuestro léxico anatómico: de manos de Valverde se rescatan de los tratados en latín muchos tecnicismos que posteriormente las nóminas anatómicas establecerían como precisos y unívocos.

En este trabajo partimos de dos premisas: la primera apunta a que, como ocurre en otras ramas de la ciencia, no se puede concebir el léxico de la anatomía en español sin considerar los tratados escritos en latín, porque desde el Renacimiento hasta finales del siglo XVIII, salvo algunas obras en lenguas vernáculas, la anatomía más técnica se escribe casi exclusivamente en esta lengua (Barcia Goyanes, 1978: 13)¹.

La segunda se basa en que algunos de los cambios conceptuales producidos en este campo, o los cambios en la denominación de las partes del cuerpo humano que dan los autores de obras escritas en latín, repercutirán sobre el léxico de cada uno de los médicos que se deciden por escribir en castellano y toman como referencia los usos latinos de su tiempo.

A continuación, vamos a ejemplificar lo que decimos recurriendo a alguno de los préstamos que introduce Valverde, así como a palabras y formaciones neológicas que empleó en su trabajo de traducción. Como vamos a ver –según los datos que se desprenden de su presencia en los repertorios lexicográficos y en la literatura científica, pues en la literaria han tenido una pobre penetración–, muchos de estos términos no tuvieron fortuna posterior ni como tecnicismos especializados ni como palabras de uso corriente.

2. PRÉSTAMOS

Los helenismos y latinismos que se documentan en la *Historia de la composición del cuerpo humano* nos permiten observar las diferencias de

1 Nos referimos a autores como Vesalio (1543), Estienne (1545), Colombo (1559), Silvio (1561), Riolano (1618), Verheyen (1713), Haller (1754), o Soemmerring (1794-1801). El propio Martín Martínez, uno de los anatomistas españoles más influyentes del Setecientos (Martínez Vidal, 1989: 79), reconoce que la mayor parte de su contenido pertenece a otros tratados: «He querido valerme de los conceptos y descubrimientos extranjeros [...] He puesto de mío muchos usos particulares; el estilo, la composición y las ligeras impugnaciones: lo demás es ajeno» (Martínez, 1716: 31-32). Citamos a través de C. de Valle-Inclán (1952: 148).

criterio y de interpretación que sobre algunas formaciones anatómicas han mostrado los autores de los textos científicos del pasado.

2.1. Píloro

Πυλωπός es la voz griega con que Galeno designaba la boca inferior del estómago, y es el término que translitera Valverde: «Otra [boca] llamada píloron o ianitor, que quiere decir portero (porque por ella sale la vianda después de digerida)» (Valverde, 1556: 61r).

La traducción del *Canon* de Avicena que hizo Gerardo de Cremona (1187), que por su difusión se convirtió en la exposición de mayor autoridad sobre el saber médico, emplea el nombre de *portanarius*, elección que sigue Mondino, cuya obra representaba la culminación de todo el pensamiento anatómico medieval. En 1493, la versión al castellano de la *Cirurgía* de Guy de Chauliac, que incluye una síntesis anatómica de base galénica, presenta *portanario*, pero es traducción del término *exortus*, referido al primero de los intestinos, el duodeno, porque no se consideraba como tal, sino como un apéndice del estómago por su fijación a la pared abdominal:

Al cual se continúa el duodeno, porque su longitud y largura es de doce dedos, llamado así mismo portanario por el oficio: porque es puerta inferior del estómago, así como el mery es puerta superior (Chauliac, 1493: 22r).

Esta diferencia de criterio se refleja aún en el siglo XVI, en la obra de Díaz de Isla: «Del tenasmon [...] acaece muchas veces, cuya causa es correr a las partes bajas alguna cólera y causar pungimiento en el estentino portanario» (Díaz de Isla, *Tratado llamado Fruto de todos los autos contra el mal serpentino*, 1542: 30v); diferencia que vemos también en algunos diccionarios, pues la idea de que el duodeno podía ser un apéndice del estómago la recogen Nebrija –«*Pylorus*, *i*: la puerta del intestino ciego (Nebrija, 1495: 116v)– y Ruyzes de Fontecha –«*Portonarium*, la primera tripa después del estómago, duodenum intestinum» (Fontecha, 1606: 174)–, y la mantiene el *Diccionario de Autoridades* (1737), definiendo *portanario* como el intestino duodeno, y aludiendo al vocabulario del nebrisense.

Será Montaña, autor del primer tratado anatómico escrito originalmente en castellano –aún de concepción galénica–, quien en su texto aplica a *portanario* el referente de píloro: «Tiene el estómago dos agujeros, uno a la parte de arriba, grande, de donde nasce el tragadero, y otro menor a la parte baja, de donde nascen las tripas, que se llama portanario» (Montaña, 1551: 54r).

Al iniciarse el Renacimiento, y con él las cuidadosas revisiones y traducciones de los textos clásicos, los anatomistas toman el término griego: «*unde etiam πυλωπός Graecis, nobis autem janitor et inferius os*» (Vesalio, 1543: 390).

Francisco Díaz, que fue el cirujano renacentista castellano que dispuso de una información científica más rica y actualizada (López Piñero, 2002: 663), también la documenta, y muestra la descripción dada por Valverde: «Otra boca tiene que se llama píloron, que quiere decir como portero, porque por ella sale la vianda, después que está hecha la digestión» (Díaz, 1575: 30r).

A partir de entonces *píloro* refuerza su presencia y comienza a registrarse en los diccionarios. En el de Juan Alonso y de los Ruizes de Fontecha –donde los lemas están escritos en su mayoría en lengua latina o son transliteraciones del árabe o del griego, y donde perviven conceptos anatómicos antiguos, por ser el *Canon* una de sus fuentes principales (Sánchez González, 2005: 405)–, se documenta como agujero inferior del estómago: «*Pyloron*, la parte baja del estómago, y principio de la primera tripa» (Fontecha, 1606: 178). El diccionario académico, por su parte, no registra la entrada de *píloro* hasta la edición de 1869, momento en que comienza a documentarse con profusión en la literatura médica española, pues con anterioridad solo contamos con casos de Juan de Pineda, quien recuerda su procedencia griega:

El orificio inferior del ventrículo, que se pega con el intestino y se llama en griego piloron, no se abre hasta pasada o hecha la digestión, y así abriga o aprieta el ventrículo al manjar, que tiene dentro de sí, como el vientre de la mujer a la criatura (Pineda, 1589: II, 212).

y de Diego de Torres Villarroel:

Tiene el estómago dos agujeros, uno es más ancho que otro; llámase boca del estómago, y el otro orificio inferior se dice píloro: por la boca del estómago entra el alimento masticado, y por el píloro sale digerido a los intestinos (Torres Villarroel, 1752: 127).

2.2. Páncreas

En la historia del lenguaje anatómico no es raro que distintas partes del cuerpo se nombren con el mismo término. Esto es lo que ocurre, como en el caso de *portanario*, con la palabra *páncreas*.

Como indica Barcia Goyanes, el *πάγκρεας* de los griegos sería la masa de ganglios linfáticos que rodea los vasos mesentéricos, es decir, el llamado *páncreas de Aselli*, autor que en 1622 da el nombre de *organum in-nominatum* al que hoy recibe el nombre de *páncreas* (OAV: §334).

Como Valverde no llegó a distinguir el verdadero páncreas del páncreas de Aselli, se limitó a introducir el préstamo griego en la lengua española por necesidad designativa, pues no encontró un equivalente latino o castellano apropiado para referirse a lo que describe de este modo:

[landrecilla] que está en la más alta parte de la más baja tela del redaño debajo del estómago, la cual por ser tan colorada y semejante a la carne, y blanda igualmente por todas partes fue llamada de los griegos páncreas, que quiere decir toda de carne (Valverde, 1556: 84r).

Dos centurias más tarde, mientras los anatomistas afianzan el tecnicismo *páncreas* para el órgano que hoy lleva el mismo nombre –lo vemos en las obras de Porras (1716) y de Martín Martínez (1728)–, el escritor y médico Torres Villarroel continúa refiriéndose al páncreas de Aselli con el término *páncreas*: «Las páncreas son unos cuerpos carnosos, blancos, esponjosos, que están en el entresijo» (Torres Villarroel, 1752: 128). De acuerdo con los datos que ofrece el *CORDE*, será ya en el siglo XIX cuando esta voz se consolide con su significado generalizado actual.

2.3. Cúbito

El hueso largo del antebrazo ha recibido varios nombres en nuestra lengua, como *ulna*, *mayor cañilla* o *codo*, hasta que se tomó prestada la forma culta *cúbito*, forma que no se extiende hasta el siglo XVIII:

El codo se compone de dos huesos, llamados cúbito y radio. El cúbito es ancho, y grueso por arriba, y viene bajando en disminución hasta la mano.

El radio es más delgado por arriba, y termina en una cabeza redonda, en la cual hay una cavidad que recibe al húmero (Torres Villarroel, 1752: 134).

En latín, *cubitus* designaba con frecuencia el antebrazo, lo cual resultaba equívoco, pues la misma palabra aludía también al codo y en ocasiones al cúbito. Y compartía significados con *ulna*, que procedía de *ὠλένυμ* y servía para referirse tanto al antebrazo como al hueso más largo del mismo, pero, aplicado a este, quedó relegado al desuso durante toda la Edad Media, cuando el nombre generalizado fue el de *focile*. Cuando Vesalio decidió rescatar el término *ulna*, los escritores alternaron *cubitus* y *ulna*.

Los anatomistas españoles que escribieron en su lengua siguieron los usos de su tiempo y las preferencias personales, por lo que para Montaña, el último autor de tendencia arabizante, el cúbito era uno de los *fociles*, mientras que Valverde emplea *cubitus* y *ulna*, tomados de los tratados escritos en latín, además de *codo*, voz que refleja su apuesta por la castellanización y que no lograría consolidarse, y *mayor cañilla*, que es la expresión predominante en su tratado.

Juan de Pineda, en sus diálogos de carácter enciclopédico, donde, de entre sus fuentes, también acude a los autores clásicos, sigue a Valverde y llama al cúbito *codo*, *ulna* y *gran cañilla*:

Proseguiré con Galeno, subiendo al brazo, que hasta el codo tiene dos grandes huesos, que llamamos cañillas, porque, como cañas, son largos y huecos; y la mayor es llamada de Galeno codo y ulna, y la menor rayo. [...] Como el rayo es más grueso hacia la mano que hacia el codo, así la ulna o gran cañilla lo es más hacia el codo que hacia la muñeca (Pineda, 1589: 210v).

2.4. Tarso

Los cambios que se produjeron sobre el modelo científico, por el paso del modelo anatómico galénico al vesaliano, no tuvieron, en ocasiones, la misma repercusión en los miembros de una misma escuela. Esto es lo que ocurrió cuando Realdo Colombo y Valverde, maestro y discípulo, afrontaron la descripción del tarso.

Tarsus, transliteración de *ταρσός*, es el término que figura en el texto latino de Guy de Chauliac (1363) –*tharsus* en la traducción al castellano–, pero se aplicaba al conjunto formado por el astrágalo y el calcáneo, pues lo que hace es desplazar hacia atrás el *tarsus* galénico, compuesto por el cuboides y los cuneiformes, y llamar a éstos *metatarsus* y *pecten* a nuestro metatarso (OAV: §4869).

Colombo (1559) fue entonces el primero en considerar como tal el conjunto de huesos formado por astrágalo, calcáneo, escafoides, cuboides y los tres cuneiformes, al oponerse a la concepción galénica del mismo. Valverde, sin embargo, recupera el término en su antigua concepción. En la descripción que hace del tarso alude implícitamente a su maestro, negando el criterio que ya estaba imponiéndose: «De la garganta o cuello del pie. El cuello del pie es algo semejante a la muñeca, aunque no tiene más de cuatro huesos» (Valverde, 1556: 26v). Es en la explicación de los grabados donde recoge el cultismo: «La garganta del pie, el tarso, la raseta, la cual se hace de cuatro huesos» (Valverde, 1556: libro 1, tabla 1).

2.5. Masetero

El tecnicismo que designa el músculo que sirve para elevar la mandíbula es transliteración del griego *μασητήρ* y tiene origen hipocrático. Después de Vesalio, que habla de «*masseter seu mansorius musculus*» (OAV: §2899), Valverde introduce este cultismo en la lengua española: «Es pues el maseter o mascador el primer morzillo de esta quijada» (Valverde, 1556: 34r).

A través de este vocablo podemos acercarnos a la fuerte oposición del médico Martín Martínez a la tendencia cultista en el léxico anatómico de Manuel de Porras: rechaza la oscuridad de su lengua —emplea los términos *masete* y *maseterio*—, y considera que *masetero* no es un término que deba emplearse si el propósito es ilustrar a los cirujanos romancistas la anatomía europea, transmitida, como dice el propio Porras, «a todo el orbe literario en el idioma latino» (Valle-Inclán, 1952: 148), por lo que, en el glosario de voces especializadas y oscuras que recoge al final de su tratado, propone el nombre de «músculo mazcador», opción que no proliferó.

Hay que esperar, una vez más, a las obras anatómicas de Porras y Martínez para que este término pueda consolidarse. Sin testimonios en la literatura española, en la hispanoamericana ha logrado introducirse tímidamente; contamos con dos ejemplos de una variante de *masete*, en novelas del venezolano Rómulo Gallegos y el colombiano Jaime Buitrago:

Se produjo un murmullo. Al coronel pareció disipársele de pronto la bo-rrachera. Ahora se le estremecían los músculos maceteros. Los circuns-tantes vieron precipitarse la tragedia y los espalderos se miraron unos a otros (Gallegos, *Canaima*, 1935: 37).

Al llegar a los chociles el pescador coge su caracola; la lleva a la boca; infla los carrillos de fuertes maceteros y el sonido ancho, lúgubre, casi pa-voroso del caracol de mar, repercute en los playones como un gemido in-dígena (Buitrago, *Pescadores del Magdalena*, 1938: 18).

2.6. Clavícula

Este caso permite ilustrar uno de los rasgos que caracterizan al léxico anatómico de este periodo, momento en que se conforman las bases para la paulatina constitución de un lenguaje anatómico especializado, latinizado y helenizado. Nos referimos al progresivo arrinconamiento de una palabra de uso generalizado en los siglos XVI y XVII por la irrupción en los textos de una voz griega o latina.

La palabra latina *clavicula* podía referirse, además de a una llave, a la barra horizontal que cerraba ciertas puertas al encajar en unas piezas salientes. La comparación con las clavículas, ya existente en la griega *κλεῖς*, llevó a los anatomistas a servirse de ella en sustitución de la empleada a lo largo de la Edad Media: *furcula* (OAN: §433).

Clavícula es otro de los préstamos que, tomados en esta centuria, van ganando terreno a los términos que se utilizaban habitualmente. En este caso, era *asilla* la palabra preferida, también en el tratado de Valverde,

pues si en la explicación de las ilustraciones dice «la asilla, la clavícula» (Valverde, 1556: libro I, tabla I), a lo largo del texto habla únicamente de *asillas*.

Son los textos los que nos permiten constatar el progresivo afianzamiento del término: si Montaña y Valverde utilizan de manera constante *asillas* y *asillas*, respectivamente, Méndez Nieto, medio siglo después, en su colección de historiales clínicos, presenta ambos términos, culto y popular:

Hasta que la llevó Dios para sí [...] de una mortal landre y esquinencia que le dio en lo bajo de la garganta, junto a las clavículas o asillas (Méndez Nieto, 1606-1611: 512).

Y en el XVIII, anatomistas como Porras y Martínez, y autores como Torres Villarroel emplearán exclusivamente *clavículas*:

Las clavículas son dos huesos que están en la parte alta y posterior del pecho; estos sirven para la buena figura y formación del pecho; júntase por una parte con el hueso esternón, y por la otra con los hombros (Torres Villarroel, 1752: 120).

3. TRADUCCIÓN

En otras ocasiones Valverde no introduce directamente los términos latinos, pero sí muestra las palabras que emplea para traducirlos; son voces que aluden a objetos de la realidad con los que se comparan determinadas partes del cuerpo y que conforman el léxico didáctico del autor. Es lo que ocurre, por ejemplo, con el hueso vómer, la tróclea humeral, el tabique interventricular y la vena ácigos.

3.1. Vómer

Aunque a Valverde le debemos justamente la primera descripción reflejada en un texto escrito del hueso vómer —el que forma la parte posterior del tabique de las fosas nasales—, no se le puede adjudicar con exclusividad este descubrimiento: más bien sería uno de los hallazgos, producto de las disecciones, conseguidos en común por los miembros de la escuela romana de Colombo, maestro de Valverde, quien también habla de este hueso en su tratado, publicado tres años después que el del palentino: «*huius formam aratri vomer imitatur*» (Colombo, 1559: 58) (OAN: §5545).

Es, pues, en esta época cuando nace la comparación del vómer con la reja del arado, aunque Valverde habla simplemente de *arado*, por sinécdoque:

Está entre el hueso cuneal y los del paladar, el cual divide el hueco de las narices, que responde al paladar, y parece que sostiene la cabeza. Este hueso es semejante a un arado, del cual no hace particular mención el Vesalio, por parecerle de poco momento (Valverde, 1556: 7r).

Y como sucede con otros tantos tecnicismos, habrá que esperar al siglo XVIII para ver documentado este préstamo del latín en la literatura científica: lo registran tanto Porras y Martín Martínez en sus anatomías, como Torres Villarroel en su síntesis anatómica.

3.2. Tróclea humeral

La comparación con una polea de esta eminencia articular, situada en el extremo inferior del húmero, tiene su origen en Galeno bajo la denominación de *τροχελία*. La siguieron los árabes y se mantuvo en textos latinos como el de Guy de Chauliac: «*Inferior rotunditas est duplex, in medio cuius est unus gradus, ac si esset trochlea duplex, per quam transeunt chordae*» (Chauliac, 1363: 36). En su versión castellana se traduce por *polea*, que es la voz que recupera Valverde en una de sus gráficas descripciones anatómicas. La encontramos en la explicación de los grabados: «La polea de este hueso sobre que juega el codo» (Valverde, 1556: libro I, tabla VI, figura VI), y en el primero de los capítulos:

Hay un seno y dos tolondrones que hacen la figura de una polea [...] Hay una diferencia entre las verdaderas poleas y esta, porque en aquellas la cuerda camina alrededor de toda la muesca, en esta la mayor cañilla del brazo no puede andar alrededor de toda ella por haber en medio de la parte de arriba de ella una escama de hueso que se trasluce, en la cual la mayor cañilla se estriba (cuando extendemos o plegamos el brazo) para poder hacer mayor fuerza (Valverde, 1556: 17r).

Esta denominación no tuvo en los tratados posteriores ningún éxito, pues Porras no menciona esta formación y Martín Martínez la nombra con la popular *garrucha* y la forma *trochlea*, término que, a su juicio, necesita explicación, pues lo incluye en el *Índice de palabras facultativas oscuras* que recoge al final de su tratado, un vocabulario donde glosa un buen número de voces aceptadas por los médicos de su tiempo a través de las palabras del caudal popular de Valverde (Valle-Inclán, 1952: 191-192).

3.3. Tabique interventricular

La traducción al castellano de la obra quirúrgica de Guy de Chauliac no cita el tabique interventricular, por lo que es Valverde el primero que habla de él en un texto escrito en nuestra lengua, y el único que lo hace con la palabra *atajo* como traducción de la latina *septum*: «Esta es la historia del corazón por la parte de fuera. Por la de dentro hay en él dos ventrecillos, uno derecho otro izquierdo, partidos mediante un grueso atajo de la misma sustancia del corazón» (Valverde, 1556: 76r).

Porrás, siguiendo su tendencia cultista, acude al latinismo: «septum o septo del corazón» (Porrás, *Anatomía Galénico Moderna*, 1716: 314).

De los escasos datos que nos ofrece el CORDE, podemos apuntar que *septo* es el término utilizado en el siglo XVIII –«El septo medio es una tela carnosa muy gruesa que sirve de dividir estos dos ventrículos o cavidades dichas» (Torres Villarroel, 1752: 127)–, que en la centuria siguiente conviven *septo* y *tabique* –Lorenzo Boscasa, en su *Tratado de Anatomía General, Descriptiva y Topográfica* (1884), habla de *tabique o septo* (OAN: §4504)–, y que *tabique* se impone en lo sucesivo.

3.4. Vena ácigos

En ocasiones, un adjetivo con una función meramente descriptiva logra asentarse en la terminología anatómica. Es lo que ocurre con el nombre de la vena ácigos, situada en la parte derecha y anterior del tórax.

Galeno utilizó el adjetivo ἄζυγος una sola vez, y no se recupera hasta el periodo renacentista, en los tratados escritos en latín de Andernach y Vesalio, maestro y discípulo ἄζυγον, *vena coniugis exers* y *vena pari carens* son las expresiones que emplea el bruselense (OAN: §5245), y que Valverde traduce por «vena sola o sin compañera, porque no le responde al lado izquierdo vena alguna» (Valverde, 1556: 86v). En otro lugar de la obra alude al sintagma que utilizaban algunos de los anatomistas de su tiempo que redactaban sus obras en latín: «La vena sola llamada por eso de los latinos *sine pari*, que quiere decir sin compañera» (Valverde, 1556: 43r); hecho, el de incluir un sintagma latino, que también sigue unos años más tarde Francisco Díaz, quien reproduce la explicación de Valverde sobre la denominación de esta vena: «*Vena sine conjuge*, que quiere decir sin compañía porque al lado izquierdo no le responde vena alguna» (Díaz, 1575: 27r).

El préstamo del griego no comienza a asentarse hasta el siglo XVIII, en las obras anatómicas de autores como Porrás y Martínez, incluyendo este

justamente la traducción del sintagma latino que había ofrecido Valverde: «vena azigos o sin par» (Martínez, 1728: 591).

4. CREACIÓN

En algunos casos, y en lo que a la terminología se refiere, Valverde se apartó de las fuentes de que dispuso para la selección del léxico de las partes anatómicas, y puso en circulación palabras que han tenido una existencia efímera, como *agnal*, *torillo* y *sequillas*.

4.1. Agnal

Agnal es la palabra, hápax en la lengua española, que emplea Valverde para referirse al dedo índice: «A todos los dedos es muy más fácil extenderse y plegarse que moverse a los lados, aunque el pulgar y el agnal y el meñique se mueven algo más a los lados que el del corazón y el de en medio» (Valverde, 1556: 21r).

Se piensa que está relacionada con el italiano *agnolòtto*² y el latín *anellus*, por lo que su significado sería ‘anular’, ya que, como en el anular, llevar un anillo en el dedo índice era frecuente en la Italia renacentista. Esta hipótesis vendría apoyada por el testimonio de Meyer-Lübke: *agnial* ‘anillo’, de un dialecto del dálmata que se hablaba en la isla de Veglia (Báguena Candela, 1989: 197-198).

4.2. Torillo

El carácter instructivo del texto de Valverde hizo que fuera necesario recurrir a la sufijación mediante diminutivo, un recurso lexicogenésico poco frecuente en el léxico de la ciencia (*cf.*, en el campo de la biología, el término *bastoncillo*).

Sutura es el término latino con el que los autores designaban el rafe del perineo, en cuya descripción no suelen detenerse. Chauliac habla de *sutura perinaei* (Chauliac, 1363: 45), expresión que se traduce por *cosimiento del perineo* en la versión al castellano (Chauliac, 1493: 17v). Pero Valverde se inclina aquí por la creación terminológica e introduce la voz *torillo*, término que no tuvo incidencia ni siquiera como denominación popular: «Aquel verdugo que se hace entre el sieso y los compañeros llamado el torillo»

2 ‘Envoltura de pasta de huevo, redonda o rectangular, rellena de varios ingredientes, especialmente carne cocida y triturada’ (Cortelazzo-Zolli, 1991: *s. v.* agnòlotto).

(Valverde, 1556: 66v). El *Diccionario de Autoridades* lo define como «aquella especie de canal que se forma desde el sieso hasta la bolsa de los testículos», y alude a una supuesta cita de Fragoso, cita que parece errónea porque ni en el capítulo II del tercer libro vemos este pasaje –«Se hace una manera de raya, que divide el uno del otro, a lo cual algunos llaman torillo»–, ni Fragoso menciona esta palabra cuando describe las zonas genitales. Pertencería entonces a otro autor, que suponemos posterior a Valverde, por ser este el primero que busca de manera sistemática en la lengua común palabras más cercanas a los cirujanos romancistas.

El *DECH* apunta que *torillo* puede estar relacionado con el asturiano *tora*, ‘la brecha que hace el hacha al pie de un tronco para derribarlo’ (*DECH*: s. v. tuero), y recoge el supuesto ejemplo de Fragoso, costumbre esta, la de copiar de otro repertorio sin comprobar la fuente, que siguieron tanto Terreros en el siglo XVIII como María Moliner y Cela en el XX.

Después de que *sutura* tuviera una cierta extensión –es el término empleado por Martín Martínez: «Una raya llamada sutura, que nace en el ano, y pasando por el perineo (que es el espacio entre las dos vías) termina en el prepucio» (Martínez, 1716: 69)–, fue *rafe* la voz técnica que se consolidaría en la literatura científica: lo hace a partir del *Curso completo de Anatomía* de Bonells y Lacaba (1796-1800), pero su significado vacila durante el siglo XIX, tal y como refleja el *DRAE*: en 1822 se cambia la definición de la edición anterior y se identifica con el perineo, hasta que en 1884 se restituye la correcta: «Rafe. *Zool.* Rugosidad o línea saliente, a modo de costura, como las del periné y el escroto» (RAE, 2001, *NTLLE*).

4.3. Sequillas

Tanto el término culto *parótidas* como las populares *secas* o *sequillas* han de analizarse en relación con las enfermedades que por su inflamación se originan en ellas: la parotiditis o paperas y las escrófulas del cuello.

En cuanto a las glándulas parótidas y la parotiditis, en griego la voz *παρωτις* designaba primitivamente las inflamaciones de la región parotídea, y en 1656 Wharton emplea por primera vez la transliteración latina para referirse a estas glándulas, en el capítulo titulado *De parotidibus* de su *Adenographia* (OAN: §1889).

Y para la inflamación de los ganglios linfáticos cervicales, la traducción de la *Chirurgia Magna* muestra *secas* como sinónimo de *escrófulas*, enfermedad descrita como «multiplicada, dura, no del todo apretada en el cuello» (Chauliac, 1493: 22r). Sin olvidar esta relación de los términos que aluden a la enfermedad y a la región donde aparece, Valverde, por su

parte, indica que el término popular para designar ésta es precisamente el diminutivo de *secas*, mientras que la inflamación se conoce con la voz *lamparones*: «La tercera suerte [de agallas] se ve detrás de las orejas [...]. Estas llamamos comúnmente sequillas, las cuales se hinchan muchas veces en los mochachos y hacen los lamparones» (Valverde, 1556: 74r).

El testimonio de Valverde cuenta con el antecedente de Gabriel Alonso de Herrera, quien da el significado de ‘escrófulas del cuello’: «Sequillas que suelen nacer en la garganta» (Alonso de Herrera, 1513, *Obra agrí-cultura*: 45v). Y Terreros, que recoge en su diccionario este mismo sentido para la voz *seca* –«bulto que se hace en el pescuezo, y en otras varias partes del cuerpo [...] Lo cual se toma también por los lamparones, en latín *scrophulae*» (Terreros, 1786-1793: s. v. *seca*)–, incluye también el término *parótida* para referirse tanto a las glándulas como a la enfermedad que se origina en ellas.

5. CONCLUSIÓN

Juan Valverde de Amusco, en su propósito de acercar los saberes anatómicos a los cirujanos romancistas, tuvo que afrontar en su *Historia de la composición del cuerpo humano* la tarea de expresar en castellano una ciencia que se servía del latín para su transmisión –algo que no dejaría de hacer siglos después–. En este trabajo hemos observado que el autor, tomando como referencia los tratados escritos en latín, recuperó un buen número de voces griegas y latinas; voces, que trató de relacionar con un léxico próximo a los cirujanos –desconocedores del latín–, integrado por las palabras de uso generalizado en la literatura científica de los siglos XVI y XVII que irían sufriendo un progresivo arrinconamiento.

Colaboró, de este modo, en la conformación de las bases para la paulatina constitución del lenguaje anatómico especializado, latinizado y he-lenizado, que triunfaría en el futuro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Fuentes y repertorios

- ALONSO Y DE LOS RUYZES DE FONTECHA, J. (1606): *Diccionario de Juan Alonso y de los Ruyzes de Fontecha* (estudio y edición crítica de M. P. Zabía Lasala), Arco Libros, Madrid, 1999.
- BAILLY, A. (2000): *Dictionnaire Grec-Français*, Hachette, París.
- CELA, C. J. (1968-1971): *Diccionario secreto*, Alfaguara, Madrid.

- CHAULIAC, G. de (1363): *Chirurgia magna Guidonis de Cauliaco*, Q. Philip. Tinghi, apud Simphorianum Beraud et Stephanum Michaëlen, Lyon, 1585.
- (1493): *Chirurgia, vel inventarium seu collectorium in parte chirurgicali medicinae* (en castellano), Ungut y Polono, Sevilla.
- COLOMBO, R. (1559): *De re anatomica*, Ioannis Foucherii Iunioris, Parisiis, 1562.
- CORTELAZZO, M. y P. ZOLLI (1991): *Dizionario etimologico della lingua italiana*, Zanichelli, Bologna.
- DECH: COROMINAS, J. y J. A. PASCUAL (1980-1991): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Gredos, Madrid.
- DETEMA: HERRERA, M.^a T. (dir.) (1996): *Diccionario español de textos médicos antiguos*, Arco Libros, Madrid.
- DÍAZ, F. (1575): *Compendio de chirurgia*, Pedro Cosín, Madrid.
- FRAGOSO, J. (1581): *Chirurgia Universal*, Viuda de Alonso Gómez, Madrid.
- MARTÍNEZ, M. (1716): *Noches anatómicas o Anatomia compendiosa (segunda impresión aumentada con otras obras que antes andaban separadas)*, M. F. Rodríguez, Madrid, 1750.
- (1728): *Anatomía completa del hombre*, Bernardo Peralta, Madrid.
- MÉNDEZ NIETO (1606-1611): *Discursos medicinales* (vol. II), Universidad de Salamanca, Salamanca, 1989.
- MOLINER, M. (2007): *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid.
- MONTAÑA DE MONSERRATE, B. (1551): *Libro de la anathomia del hombre*, Sebastián Martínez, Valladolid.
- NAVARRO-BELTRÁN IRACET, E. (dir.) (1992): *Diccionario terminológico de ciencias médicas* (13^a ed.), Masson-Salvat, Barcelona.
- NEBRIJA, E. A. (c. 1495): *Dictionarium ex hispaniensi in latinum sermonem*, Salamanca.
- OAN: BARCIA GOYANES, J. J. (1978-1993): *Onomatología anatómica nova: historia del lenguaje anatómico*, Universidad de Valencia, Valencia.
- PINEDA, J. de (1589): *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, Pedro de Adurza y Pedro López, Salamanca.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1726-1739): *Diccionario de Autoridades*, F. del Hierro, Madrid.
- (2001): *Diccionario de la lengua española*, 22.^a ed., Espasa Calpe, Madrid.
- (2001): *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española (NTLLE)* [en línea], Real Academia Española, Madrid. <<http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle>>.

- : *CORDE* [Corpus Diacrónico del Español] Banco de datos [en línea]. <<http://www.rae.es>> [enero, 2008].
- TERREROS Y PANDO, E. de (1786-1793): *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes*, Arco Libros, Madrid, 1987.
- TORRES VILLARROEL, D. de (1752): *Anatomía de todo lo visible e invisible*, P. Ortiz Gómez, Salamanca.
- VALVERDE DE AMUSCO, J. (1556): *Historia de la composición del cuerpo humano*, A. Salamanca y A. Lafrey, Roma.
- (1559): *La Anatomía del Corpo Umano*, Niccolò Bevilacqua, Venezia.
- VESALIO, A. (1543): *De humani corporis fabrica libri septem*, Joannis Oporini, Basileae.

2. Crítica

- ALBERTI LÓPEZ, L. (1948): *La anatomía y los anatomistas españoles del Renacimiento*, CSIC, Madrid.
- BÁGUENA CANDELA, R. (1989): «Sobre la etimología de *agnal*», *BRAE*, 69, cuaderno 247, pp. 195-198.
- BARCIA GOYANES, J. J. (1995): «La otra cara de Vesalio», *Medicina e Historia*, 59, 1-16.
- DONNINI, C. (1977): *Contributo a una cronologia del lessico spagnolo (Terminologia medico-farmacologica del Cinquecento)*, Università degli studi di Siena, Pisa.
- GUTIÉRREZ RODILLA, B. (1998): *La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico*, Península, Barcelona.
- (2001): «Los textos médicos romances en el Renacimiento castellano», en J. L. García Hourcade y J. M. Moreno Yuste (coords.), *Andrés Laguna. Humanismo, ciencia y política en la Europa Renacentista*, Junta de Castilla y León, Valladolid, pp. 529-538.
- LÓPEZ PIÑERO, J. M. (1965): «La *Carta Filosófica-medico-chymica* (1687) de Juan de Cabriada, punto de partida de la medicina moderna en España», *Asclepio*, 17, 207-214.
- (2002): «La medicina», en L. García Ballester (ed.), *Historia de la ciencia y de la técnica en la Corona de Castilla*, III, Junta de Castilla y León, Salamanca, pp. 639-680.
- (2003): «Los saberes morfológicos y la ilustración anatómica desde el Renacimiento al siglo XX», en J. M. López Piñero y F. Jerez Moliner, *Atlas Histórico de la Ilustración Anatómica*, Universidad de Valencia, Faxímil Ediciones Digitales, Valencia. [17, diciembre, 2007] <<http://www.faximil.com/descargas/estudiopinero.pdf>>.

- MARTÍN CAMACHO, J. C. (2005): «Los procesos neológicos del léxico científico. Esbozo de clasificación», *Anuario de Estudios Filológicos*, 27, pp. 157-174.
- MARTÍNEZ ALMAGRO, A. y L. CARDA MORÓN (1997): «Problemática que plantea la sinonimia en la terminología médica», en J. L. Otal *et al.* (eds.), *Estudios de lingüística aplicada*, Universidad Jaume I, Castellón de la Plana, pp. 777-784.
- MARTÍNEZ VIDAL, A. (1989): *Neurociencias y revolución científica en España. La circulación neural*, CSIC, Madrid.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ DE HERRERO, M. N. (2005): «Fuentes de la medicina española», *Panace@, Boletín de Medicina y Traducción*, 6 (21-22), pp. 269-274.
- SÁNCHEZ GRANIEL, L. (1980): *La medicina española renacentista*, Universidad de Salamanca, Salamanca.
- SINGER, C. (1957): *A short history of anatomy and physiology from the Greeks to Harvey*, Dover, New York.
- VALLE-INCLÁN, C. de (1949): «El léxico anatómico de Bernardino Montaña de Monserrate y de Juan de Valverde», *Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina*, 1, pp. 121-189.
- (1952): «El léxico anatómico de Porras y de Martín Martínez», *Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina*, 4, pp. 141-228.



